

Primer lustro del Pontificado de Paulo VI (1963-1968)

VICTOR IRIARTE, S. J.

Eslabones en la cadena

Quien quiera interpretar la historia de la Iglesia limitándose al estudio de su vida exterior, la de su estructura social externa, se incapacita para su comprensión. Circula por su sangre un elemento que se resiste a todo análisis y en su realidad viva y vivificante la sostiene y desarrolla. "Misterio de la Iglesia" lo llamó al definirlo el Concilio y es Cristo que, vitalmente unido a ella, la nutre, sostiene y dirige. Santa en su cabeza, Cristo; pecadora en sus miembros, los fieles, vive siempre en anhelo de renovación y santidad (4). Por eso su historia no puede ni explicarse ni comprenderse con meros factores humanos.

Murió Pío XII

Su muerte causó verdadera consternación. El asceta Pacelli llevó a cabo su labor magisterial pontificia en forma sobresaliente. Proyectaba las luces de su saber sobre la complicada problemática de sus días; y el acierto y profundidad en la proyección de los principios doctrinales delataba la garra de su talento. Monumento más airoso que el expresivo levantado en el Vaticano por los Cardenales creados por él es el que le ha dedicado el Concilio. Basta recordar los Esquemas, algunos de ellos empujados con citas de sus documentos. Rompiendo el Vaticano II una tradición secular, tan parca en la cita de textos pontificios, solamente en la Constitución *Lumen Gentium* desfilan quince (15) Papas con 114 citas, de las que 53, o sea el 46,40%, son de Pío XII. El más próximo, el genial León XIII, es citado 18 veces.

Juan XXIII

Con ansia se esperaba la elección de su sucesor. Cuando la blanca humareda anunció la elección del Cardenal Benelli, Patriarca de Venecia, la destitución marcó un silencio que pronto rompió en comentarios poco halagüeños. Mal podría acrecentar la herencia del aristócrata y sabio Pacelli un anciano recién nacido de 77 años, de extracción rural y cuyas actuaciones llevaban el sello de honda piedad y espar júnico práctico campesino. Pero ni su cultura ni su edad auguraban un pontificado brillante. Se acuñó la frase: "un Papa de compromiso, de transición". Una vez más fallaron las predicciones. Su cierto pontificado marca época en la Historia de la Iglesia. Abrió las ventanas para que el ambiente recargado se refrescara con ráfagas de aire oxigenado, inspeccionó sangre nueva en el cansado organismo, sustituyó la callada resignación por el fraternal diálogo, lanzó la mirada por horizontes ecuménicos y el espíritu suplenz del

ghetto se transformó en franca sonrisa de dinámico optimismo. Y todo lo hacía, como jugando, con toda naturalidad, como quien nada hace. Y la gigantesca empresa del Concilio nació así, de una fulminante inspiración. Una ráfaga de luz que cruzó su mente y una palabra que, sin saber, pronuncian sus labios: Concilio.

A la sorpresa de su anuncio, el 25 de enero de 1963, sigue la respuesta escéptica de muchos, excesiva carga para hombros tan ancianos. Una vez más se equivocaron los augures porque a los tres años de intensa preparación, el 3 de febrero de 1962, el motu proprio *Concilium* fija la fecha de su apertura, que, con puntualidad matemática, se inaugura en Roma el 11 de octubre de 1962, para clausurarse, en su primera etapa, el 8 de diciembre del mismo año.

Nuevo Moisés que, desde el Monte Horeb, contempla la tierra prometida, muere sin pisarla, a los seis meses, el 3 de junio de 1963. De la vida se despidió con amplia sonrisa; el mundo entero lo lloró con lágrimas sinceras y sobre su sepulcro, por unanimidad, grabó el epitafio en una palabra: Juan el Bueno.

Al valorar la primera sesión del Concilio, pesando los resultados de la labor cumplida, confesaba el mismo Papa en el discurso de clausura: "La primera sesión ha sido una introducción lenta y solemne a la gran obra del Concilio... se comprende muy bien que haya sido menester algún tiempo para llegar a un acuerdo sobre todo aquello que, salva caridad, era motivo de comprensibles y ansiosas divergencias... se ha realizado una buena introducción a cuanto queda aún por examinar." (2)

En concreto, después de más de seis-cientos discursos y más de quinientas proposiciones a los esquemas discutidos, fue aprobado, en versión modificada, el Esquema Litúrgico; rechazado el de la Revelación; devueltos para su enmienda el de los Medios de Comunicación Social y el de la Unidad de los Cristianos; y en suspenso el de la Constitución de la Iglesia. Resultado modesto que no se modifica sustancialmente con los aportes positivos del contacto personal de 3.600 obispos; con el diálogo fraternal a nivel mundial y con la orientación ambiental para las futuras etapas.

Paulo VI

Más que en ninguna otra dinastía se cumple en la del Vaticano el dicho: "Ha muerto el Rey. Viva el Rey." Cuando el 21 de junio, a los 18 días de la muerte de Juan el Bueno, se anunció la elección del Cardenal Montini, no se mezcló en la alegría común la llamativa sorpresa. En el Colegio Cardenalicio surgió como el candidato de mayor relieve, por sus cualidades y preparación, el Arzobispo de Milán, que en esa gran metrópoli había demostrado, sobre sus excelencias de Prelado de Curia, dotes extraordinarias de celoso Pastor. Por esta vez también falló la regla del Concilio de que "quien entra papable sale cardenal".

La tarea para el nuevo Papa era inmensa. Había que despejar el atardecido cargado de ruidos e incertidumbres y el 27 de junio, a la semana de su elección, anunció la apertura de la segunda sesión para el 29 de septiembre, para clausurarse felizmente el 4 de diciembre de 1963.

Por fortuna, la selva de esquemas

había sido muy clara, reduciéndose los 77 a 17; se nombraron cuatro Cardenales Delegados encargados de dirigir las Congregaciones Generales; se complementaron las Comisiones Conciliares y se reformó el Reglamento Conciliar para agilizar los debates. Se nota al instante la mano técnica que crea las plazas, las ajusta, las lubrifica y la máquina echa a andar. Para quien quiera seguir las peripecias del Concilio recomendamos algunas de las obras-crónicas de sus comentaristas: Caprice, Congar, Rouquette, Fesquet, Descalzo, Eliezalde. Lo cierto es que si la primera sesión no conoció la promulgación de ningún Documento conciliar, en la segunda sesión se promulgaron la Constitución sobre la Sagrada Liturgia y el Decreto sobre los Medios de Comunicación Social, y son los aprobados en la tercera y cuarta sesión se cumplió el plan prefijado de los esquemas. Como consecuencia de los documentos conciliares del Vaticano II vienen promulgados y suscritos por "Paulo, Obispo de la Iglesia Católica".

Tensiones

Las hubo y fuertes con algunas descargas: si bien las diferencias no versaban sobre el fondo doctrinal, sino más bien sobre enfoques, orientaciones, presiones o aspectos complementarios de la teología católica.

Se inauguraron cuando en la sesión primera, el 13 de octubre de 1962, se presentaron las listas de los diez Comisionados Conciliares con sus respectivos Cardenales-Presidentes y sus Secretarios. Se pidió que el Concilio nombrara 16 miembros por Comisión, mientras otros 6 serían nombrados por el Papa. Tanto el Cardenal Lienart como Frings pidieron tiempo para reflexionar y consultar, y aceptada su proposición, se clausuró la sesión a la media hora de abierta. En el fondo de este inesperado suceso luchaban dos tendencias que no conocieron tréguas durante el Concilio, hechas como conservadora la una y progresista la otra.

Lo que tal vez pudiéramos llamar "escaramuzas de protocolo" revestió toda su crudeza al presentarse el Esquema de *Fontibus Revelationis*. Atacado seriamente por Cardenales de alto prestigio, la votación de los 2.800 votos presentes dio una sustancial mayoría a los contrarios del esquema; pero al llegar la votación a los dos tercios, se día continuar la discusión. En vista del dispendio inútil de tiempo y energía que ello supondría, intervino personalmente el Papa, ordenando el retiro del esquema y creando una Comisión de 12 miembros de la Comisión Teológica y del Secretariado para la Unión de los Cristianos. Presidida por los Cardenales Ottaviani y Bea, como representantes de las tendencias opuestas, dice Congar: "esta medida, solicitada por un gran número de Obispos, fue acogida con alivio como la frescura y relajación que sucedió a una tempestad esperada durante mucho tiempo".

Pero frescura y relajación pronto evaporaron en la segunda sesión. El esquema de la Iglesia que quedó en el pensó durante la primera sesión, después de enmendado, inauguró la segunda. Entre varios problemas presentados el de la Colegialidad de los Obispos, tema relativamente nuevo, al menos para la mayoría de los Obispos que, en formación eclesial, no se habían habituado a su planteamiento. La sesión

se multiplicaron porque algunos veían en la Colegialidad una colisión con la autoridad papal. Con la insistente repetición de la supremacía del poder pontificio, más la nota explicativa del Papa, aneja al documento sobre la noción de Colegio, la doctrina quedó claramente expresada en los Nos. 22 y 23 de la *Lumen Gentium*, constitución definitivamente aprobada por una mayoría aplastante de 2.099 contra 46.

Momentos más angustiosos y dramáticos se vivieron en las sesiones tercera y cuarta con motivo de la libertad religiosa y la declaración sobre los judíos. Las dos instrucciones que, por Secretaría, recibió el Cardenal Bea para que ambos documentos pasaran a dos Comisiones mixtas causó general desencierfo. Varios Cardenales se dirigieron en carta al Papa exponiéndole la delicada situación que El la solucionó. Pero la misteriosa paternidad de esas dos instrucciones, aún no descubierta, y algunas extrañas notificaciones de Secretaría obligaron al Cardenal Suenens a afirmar que los procedimientos conciliares no habían impedido "una cierta manipulación por parte de un pequeño grupo"; y la frustración de los padres conciliares al ser frenados en seco ante el umbral de una primera votación sobre la cuestión religiosa, según el Cardenal Ritter, "descansaba en la convicción de que estábamos varados por las tácticas demoradoras de una minoría muy reducida".

Al curioso lector deseoso de pormenores le remitimos a los cronistas conciliares. Pero de esa angustia y dolor nació la Constitución *Lumen Gentium*, árbol gigantesco con otras quince ramas potentes, diversificadas en Constituciones, Decretos y Declaraciones. Enciérranse en ellos profunda espiritualidad, amplitud de miras, orientaciones ajustadas al tiempo, señalamiento de rutas; materia de oración, reflexivo estudio y actividad que augura nueva época a la Iglesia. En toda renovación profunda en que se da a la libertad humana un juego más amplio y personal, sobrevienen desajustes y abusos que, corregidos luego y ajustados, producirán grandes bienes. Algunos se recogen ya.

Durante el Concilio

El llevar adelante un Concilio, tan numeroso y vario en sus integrantes como complejo en su problemática, y llevarlo a feliz éxito, absorbe la actividad psíquica de un hombre espléndidamente dotado. Pero Paulo VI halló tiempo para una serie de hechos resaltantes. Y aquí podríamos enumerar sus viajes. Del 4 al 6 de enero de 1964, entre pueblos enemistados, Israel y Jordania, que el 5 de junio de 1967 habían de buscar su solución en la guerra-relámpago, supo conducirse de suerte que, sin levantar suspicacias, dejase un recuerdo de su bondadosa misión. Allí tuvo su histórico encuentro con el Patriarca de Constantinopla, Atenágoras, adelantándose con su conducta a las formulaciones del Decreto sobre el Ecumenismo. Pero aquel viaje, en que el Papa, más que el báculo de Obispo, lleva el bordon del peregrino; que recorre, besa y ora en la tierra de la Cabeza del Cuerpo Místico, encierra un simbolismo como observa el teólogo Schillebeeks: "El Papa sale de Roma y va en peregrinación al país donde Cristo y los apóstoles vivieron, va hacia Jerusalén para instaurar todo en Cristo"; y, como la *Lumen Gentium*, para

encontrarlo todo en el misterio de Cristo, dejando a un lado el puesto secundario de la Jerarquía." (3)

Así inaugura la aurora de 1964 y clausurada la tercera etapa del Concilio, vuela el 4 de diciembre, en el ocaso del mismo año, a Bombay a la gran nación india de gente sencilla y espiritualizada, donde muchedumbres famélicas, con pancartas de miseria en la languidez de sus miradas y en la flaccidez de sus rostros, saludaron cariñosamente al hombre, vestido de blanco, mensajero de paz. Y, tras acariciar a los niños y derramar bendiciones y generosidades sobre todos, lanzó por radio el grito que resonó por todo el mundo: "Menos millones para las armas; más millones para el Fondo Mundial, en ayuda de los pueblos agotados."

Más espectacular y de resonancia mundial fue su viaje a las Naciones Unidas el 4 de octubre de 1965, en plena marcha de la cuarta y última etapa del Concilio. Las bodas de plata de ese Instituto no podían pasar desapercibidas y quisieron que el discurso de orden lo pronunciara Paulo VI. El acertó en la selección, gesto del budista U Thant, Secretario General, mereció unánime aplauso; y el éxito del orador colmó las esperanzas y aspiraciones del cuerpo mundial. En el discurso, tan positivo, en el que se analizan los altos fines de las Naciones Unidas y los medios para su consecución, ataca al espíritu bélico: "Dejad que caigan las armas de vuestras manos. No se puede amar con armas ofensivas en las manos. ¡No más guerra! ¡No más guerra!" (4) Llevó "el mensaje de salud y de paz que este sacrosanto Concilio nos había confiado... y debemos estudiar y aplicar con crecido vigor nuestros programas por haberlos hecho apologistas de la paz..." (5). Actitud decidida del Papa en sus esfuerzos por hallar tregua en la guerra del Viet Nam, coronada, entre sus múltiples iniciativas, con el ofrecimiento del Vaticano para las conversaciones de los beligerantes.

Con razón se le llama el Papa Viajero, pues, hijo de su tiempo, aprovecha las facilidades de transporte para visitas que son siempre luz para su oficio pastoral y consolador estímulo para los fieles. Así, el sincero devoto de la Madre de Dios vuela al Santuario de Fátima en el cincuentenario de las apariciones, el 13 de mayo de 1967, y a los dos meses (julio 1967) visita en Constantinopla al Patriarca Atenágoras.

Y mientras escribo estas líneas me sorprende la noticia oficial de su venida a la clausura del Congreso Eucarístico de Bogotá (agosto 18-25) y a la apertura de la Asamblea del CELAM. La inquietud remanente brote de una situación social imposible, reclama de la Iglesia Católica medidas y actitudes más eficientes que las actuales.

Magisterio

Recuerda Paulo VI, por su facundia y variedad en temas y discursos, al Papa Pío XII. Anualmente se recogen en un volumen sus alocuciones, siempre de actualidad, con siembras de tópicos preferidos, como el de la Iglesia, donde las ideas de los grandes teólogos modernos se funden vitalmente con los documentos conciliares. El mismo lo reconoce: "Una audiencia como ésta obliga a pensar, obliga a hablar de la Iglesia. Por tanto, el tema se repite; pero es tan grande y tan complejo que ofrece as-

pectos diversos y fecundos, de forma que Nos parece que nunca decimos en estos breves discursos las mismas cosas, aunque siempre hablemos de la misma realidad, de la Iglesia y de la doctrina y acontecimientos que a ella se refieren." (5)

Su pluma, al servicio de brillante inteligencia, no descansa. Recordemos el *Mysterium Fidei* y el *Sacrosancti Concilii* entre otros muchos. Con todo, quiero fijarme más especialmente en dos: en la encíclica *Eccelesiam Suam* y en la *Populorum Progressio*.

Como el Papa Juan XXIII, en el período interregional, publicó el 11 de abril de 1963 su encíclica social *Pacem in Terris*, Paulo VI, siguiendo sus huellas, entre la segunda y tercera etapa conciliar, el 6 de agosto de 1964, publicó su primera encíclica pastoral *Si la Paem in Terris* tuvo resonancia mundial, la *Eccelesiam Suam* sufrió una afluencia casi total. Y por el carácter fundamental de su contenido no merecía esa suerte. Diferentes factores explican el fenómeno. El Concilio, por su marcha acelerada y mejor orientada, absorbía plenamente la atención de los Obispos y gran parte del público. Los mismos temas de carácter intelectual y espiritual no tienen el mordiente de una encíclica social que salta al caso de los problemas patentes e hirientes de la masa humana, en mismo estilo, por más que "señala a un mensaje fraternal y familiar; una sencilla conversación epistolar" (6), no lo consigue con párrafos largos, de amontonadas ideas. Las encíclicas, decir de Aranguren, no proporcionan lectura humanamente interesante. Para colmo de desdichas, la primera traducción castellana fue muy mediocre. Sin embargo, el valor del documento es extraordinario. Lo capta el instante el pensador reflexivo y el mismo Concilio, a pesar de la fecha de su publicación tardía y del avanzado estudio de los esquemas, lo cita por lo menos diez veces en notas de diversos documentos.

Ambientado en el clima conciliar, después de algunas orientaciones eclesiológicas y de autorreflexión, estaba en la segunda parte las normas de reforma en la Iglesia en sus estructuras y su vida interior; para desembocar en la tercera con su tema preferente y su matiz característico. Es la Encíclica del Diálogo. Una nueva era se inaugura en las relaciones de la Iglesia con el mundo y, "aunque esas relaciones pueden revestir muchos y diversos aspectos, nos parece que la relación entre la Iglesia y el mundo, sin cerrar el camino a otras formas legítimas, puede representarse mejor con un diálogo" (7). De esta manera el diálogo, cuyas características se describen con acierto, se extiende en círculos concéntricos a la humanidad entera, incluso a los ateos; se comunica más fácilmente con los que creen en Dios; invita a los hermanos separados y reserva sus cristianismos para los miembros de la familia. "La Iglesia, dice, debe ir al diálogo con el mundo en que le toca vivir; la Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio." (8)

Como los muros de Jericó caen las barreras del ghetto y frente a dos tendencias opuestas ante el mundo, da una solución que brota de la auténtica misión de la Iglesia en el mundo. Idea que más tarde subrayará el Concilio, sobre todo en la Constitución *Audiatur et Spas*.

La encíclica *Populorum Progressio*

reclama un comentario. La doctrina social de la Iglesia sigue una evolución progresiva en consonancia con el avance de la sociedad. La *Populorum Progressio* se emparenta con la *Rerum Novarum* y con la *Mater et Magistra* en su génesis y gestación.

La cuestión social era la gran preocupación de León XIII. El problema no se soluciona y a los 40 años (*Quadragesimo Anno*) el panorama se ensombrece en sectores más amplios porque comienza a sentirse la diferencia entre pueblos desarrollados y en vías de desarrollo. Con su estilo incisivo ataca Pío XI "el nacionalismo e imperialismo internacional del dinero, para quien la patria la constituye el interés" (10).

La *Populorum Progressio* nació de dolorosas vivencias. La visión directa primero del Brasil, luego del Medio Oriente, más tarde de la India, impresionaron al Papa más que libros y estadísticas. Aquella imagen indeleble de millones de hambrientos arrastrando mísera existencia no se alejaba de su corazón. Hoy ha surgido en aquellos millones viva conciencia de su miseria inmerecida y lo que en pasadas centurias se soportaba en irremediable fatalismo hoy se rechaza en airadas protestas de insupportable injusticia. La miseria en los tiempos actuales no tiene razón de ser. Es artificial; nace de sistemas viciados. Los pobres comienzan a cansarse de ser pobres y el mundo amenaza estallar. Esta enfermedad de geografía mundial exige la colaboración de estructuras parciales, pero, sobre todo, de organizaciones internacionales. Urge el desarrollo humano de los pueblos; un desarrollo integral que, respetando su cultura en sus verdaderos y racionales valores morales y religiosos, promueva la ciencia, la técnica y la industrialización, porque desarrollo es el nuevo nombre de la paz.

No apunta el Papa soluciones concretas ni le toca. Urge rapidez porque la situación grita urgencia. "Es cierto, dice el Papa, que hay situaciones cuya injusticia clama al cielo. Cuando poblaciones enteras, faltas de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana. Sin embargo, ya se sabe: la insurrección revolucionaria, salvo en el caso de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país, engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas. No se puede combatir un mal real al precio de un mal mayor. Entiéndasenos bien: la situación presente tiene que afrontarse valerosamente y combatir y vencerse las injusticias que trae consigo. El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes." (11)

Como medio concreto repite lo radiado en la India: "Nos pedimos en Bombay la constitución de un gran Fondo Mundial, alimentado con una parte de los gastos militares, a fin de ayudar a los más desheredados." (12)

Los dispendios de Rusia y Estados Unidos en el Vietnam, pues Rusia y los Estados Unidos son los que sostienen la guerra; sus gastos astronómicos en sus expediciones lunares hubieran cambiado

la situación del mundo; a la angustia hubiera sucedido la calma y se habrían dado pasos de progreso hacia el desarrollo integral.

Pero el remedio profundo exige más que erogaciones monetarias; por generosas que sean. Si las estructuras económicas persisten, tendremos sus fatales efectos. Aquella fisonomía antihumana del sistema liberal, aplicada a la tecnocracia y a la moderna industrialización, en carrera rápida aumentará el desnivel: los ricos serán más ricos y los pobres más pobres. La economía debe estar al servicio del hombre; pero no lo estará si dejamos a los pueblos poderosos contratar libremente con los débiles, como antes dejamos contratar libremente al patrono poderoso con el trabajador débil.

Con razón dice el Papa: "La enseñanza de León XIII en la *Rerum Novarum* conserva su validez: el consentimiento de las partes, si están en condiciones demasiado desiguales, no basta para garantizar la justicia del contrato; y la regla del libre consentimiento queda subordinada a las exigencias del derecho natural. Lo que era verdadero acerca del justo salario individual lo es también respecto a los contratos internacionales: una economía de intercambio no puede seguir descansando sobre la sola ley de la libre competencia, que engendra también demasiado a menudo una dictadura económica. El libre intercambio sólo es equitativo si está sometido a las exigencias de la justicia social."

Más actividades

El Concilio, que desembocó afortunadamente en un postconcilio vigoroso y a veces desconcertante, exige la aplicación de muchas decisiones, adaptación de estructuras, orientación de actividades.

El primer Sínodo general de Obispos se celebró:

Con Cardenales de diversas nacionalidades al frente de las Congregaciones, se ha internacionalizado la Curia.

En actividad febril, para su adecuada renovación, trabajan más de 1 millón 200.000 religiosos.

Se ha creado la Comisión de Estudios Justicia y Paz.

Se ha formado el Consejo de Laicos. Se han multiplicado los movimientos ecumenistas.

Se han intensificado esfuerzos y gestiones por la paz.

Ante la imposibilidad de ni siquiera un mediocre recuento, remito al lector al volumen "Sobre las actividades de la Santa Sede en 1967", publicado en enero. En sus 1.600 páginas hallará el lector con frecuencia motivos de sorpresa y admiración.

Ante el futuro

Comparando al Papa Juan con el Papa Paulo, tan distintos física como psíquicamente, corrió la frase de que el primero era "acelerador" y el segundo "frenó". Esas frases son brochazos borrrosos, no pinceladas de cuadro. Apuntan algo, sugieren mucho, pero en nebulosa imprecisión.

Sin negarle al Papa Roncalli los carismas de visión, previsión, impulsión y contagioso optimismo, más de una vez tuvo que frenar y en seco. Baste recordar el caso de los sacerdotes-obreros y numerosos actos del Concilio en su primera sesión.

Tal vez en el Papa Montini asome algo la timidez que, unida a su larga y escrupulosa carrera diplomática, pesando siempre en balanza ultrasensible los pros y contras de los problemas, dilata la solución o la ofrezca en fórmulas cautelosas.

A sus oídos llegó la crítica de su lentitud. La respuesta hacía tiempo la había dado: "Sabemos a dónde vamos y por dónde vamos." Sin prisa, pero sin pausa. La complejidad de los problemas, su estudio en fase preliminar, la múltiple responsabilidad, aconsejan espera.

En un postconcilio que, gracias a él en gran parte, se muestra movido, hay que saber impulsar y frenar. Para los inmóviles, espuela; para los desbocados, freno. No conquista popularidad quien frena, pero evita el peligro. No gana aplausos quien inyecta; pero salva la vida.

La rica personalidad del Papa, por su mismo oficio, se derrama a diario en múltiple actividad, pero con sello propio: el de Paulo VI.

Rezuman profunda piedad y sólido ascetismo su vida personal y ricos escritos.

Su íntima afectividad, algún tanto introvertida, tiene sus predilecciones con niños, enfermos y pobres, en visitas de Navidad, en sus viajes y alocuciones. Volcanes con penacho de humo; volcanes con manto de nieve... , pero volcanes al fin; todos, por dentro, horno hirviente; lava fundida.

A la hora de decir la verdad, no la disimula; su testimonio es tan claro como precisa su frase.

En el momento de tomar una determinación, tras maduro examen, nadie lo detiene. Ahí está el Concilio.

La nebulosa del Concilio de 1962 la condensó en la brillante constelación de 1965. Todos los documentos conciliares los calza su firma: Yo, Paulo, Obispo de la Iglesia Católica. No es mero protocolo. Como buen intelectual, ha sido fiel amigo de los libros. Añora tiempos pasados. "Aunque ahora las preocupaciones de nuestro oficio apostólico no nos dejan tiempo para variadas y extensas lecturas, como quisiéramos, no hemos perdido nuestra antigua afición por los libros; al contrario, está estimulada por los mismos deberes de nuestro ministerio, la llevamos ardiente y operante todavía en nuestro espíritu, como pasión que no remedian los años, antes al contrario, la dan nueva vitalidad." (14)

Sólo ese estudio reflexivo y la honda meditación del misterioso problema humano transforma la inteligencia en fuente de orientaciones, normas, consejos, iniciativas que, en copioso raudal, manan de los escritos de Paulo VI.

NOTAS

- (1) *Ecclesiam Suam*, Nº 43.
- (2) Discurso de clausura de la 1ª sesión.
- (3) Schillebeck, *Vie Consacrée*, Mars-Avril 1966, págs. 75-90.
- (4) Discurso en las Naciones Unidas.
- (5) Discurso a los Padres del Concilio a su vuelta de las Naciones Unidas.
- (6) Alocución 5 de agosto 1964.
- (7) *Ecclesiam Suam*, Nos. 4 y 6.
- (8) *Ecclesiam Suam*, Nos. 90 y 91.
- (9) *Ecclesiam Suam*, Nº 77.
- (10) *Quadragesimo Anno*, Nº 117.
- (11) *Populorum Progressio*, Nos. 30, 31, 32.
- (12) *Pop. Prog.*, Nº 51.
- (13) *Pop. Prog.*, Nº 59.
- (14) F. García-Salve, *Así piensa Paulo VI*, Tomo 1, pág. 21.